

ALEMANIA, AL OTRO LADO DE LA VENTANA

Al otro lado de la ventana, nada de nada. Tan solo un campo yermo en el que únicamente asomaban algunos cardos silvestres y la basura arrojada, como por descuido, sin darse cuenta, por los escasos viandantes que pasaban por allí. Sin embargo, él permanecía en posición de loto, absorto, durante horas contemplando ese paisaje casi lunar. Cuando sentía una punzada en el estómago, se levantaba lentamente, abría la nevera y cogía un plátano, un tomate, cerezas, en fin lo primero que aparecía ante sus ojos.

Su madre de vez en cuando se quejaba ante las vecinas de la cantidad de dinero que se dejaba todas las semanas en la frutería. “¡Pues no veas lo que te ahorras en la carne!”, le contestaba alguna con cierta mofa.

La mayor ilusión de Anand, pues así se hacía llamar el hijo desde que volvió de la India, era reencarnarse en un pastizal donde algún día pudiera vivir algún animal sagrado.

Transcurrido un tiempo durante el cual rara vez se vio a María, que así se llamaba la madre, en la frutería, el color verde se apoderó completamente del erial. La hierba verde crecía por todas partes alrededor de la casa. Un día, a primera hora de la mañana, la madre se quedó asombrada: una vaca estaba tumbada rumiando cerca del portal. Llamó a las vecinas para que contemplaran el milagro que la naturaleza había llevado a cabo. “Y tu hijo, ¿dónde está?”, preguntó la más joven. “Se marchó a trabajar a Alemania”. “¡Anda, qué casualidad, como tu marido. Igual, se encuentran!”, replicó la más vieja con tono de rechifla y desdén.

Cuando las alcahuetas se marcharon, siguió paseando con sonrisa celestial por la tierra húmeda del prado. Todo estaba atado y bien atado. En la imaginación de la viuda, Alemania era un lugar paradisíaco, digno de ser habitado por cualquier dios.